

que, en el caso contrario, excitaria un levantamiento general entre sus propios súbditos. Con este motivo citaba Mr. de Metternich las prisiones de algunos individuos de nota, especialmente la de Mr. de Hormayer, y además las numerosas destituciones que habia sido forzoso decretar para imponer silencio á los patriotas germánicos mas turbulentos. Pero hacia notar que ya se estaba al cabo de todo, y que el gabinete era un nadador que nadaba con brios contra la corriente, bien que no podria remontarla, si Napoleon no le alargaba la mano. Despues, temiendo que hubiera visos de censura ó de amenaza en estas expresiones, se confundia en protexas de adhesión, de estima, de admiracion hácia Napoleon, y se manifestaba resuelto, segun su dicho, á separarse de cuantos quisieran propender á abatirle.—¡Abatirle, gran Dios, exclamaba agudamente Mr. de Metternich, cuando se trata de dejarle tres ó cuatro veces mas grande que Luis XIV! ¡Ah, si se quisiera contentar con ser grande de esta manera, cuán felices nos haria á todos, y cuánto aseguraria el porvenir de su hijo, porvenir que ha venido á ser el nuestro!—

No obteniendo Mr. de Metternich mas respuesta á estas generalidades tan verdaderas que generalidades vanas sobre la extension de nuestros armamentos, sobre nuestras próximas victorias, sobre la necesidad de contemplarnos, renovaba con destreza y con una mirada interrogadora, estos golpes de sonda ya dados en la profundidad de nuestra ambicion. Entonces repetia lo ya dicho muchas veces, sobre la imposibilidad de mantener la quimera del gran ducado de Varsovia, condenada por la campaña de 1812: sobre la necesidad de

rehacer á las potencias intermedias y con preferencia á todas á Prusia, única capaz de reemplazar á Polonia, destruida para siempre; sobre la necesidad de reconstituir la Alemania; sobre la imposibilidad de hacer durar la Confederacion del Rhin, institucion para siempre arruinada en el espíritu de los pueblos germánicos, y mas incómoda que útil para Napoleon mismo; sobre la imposibilidad de conseguir que las potencias beligerantes que asintieran á la agregacion definitiva al territorio francés de Lubeck, de Hamburgo, de Brema, sobre todos los puntos en fin que hemos indicado anteriormente, y respecto de los cuales ya se habia manifestado el pensamiento del gabinete austriaco á las claras.—Ya nos cuesta sobrado trabajo, añadia Mr. de Metternich, impedir que se hable de Holanda, de España, de Italia. Probablemente hablará Inglaterra, y si acerca de Holanda y de Italia cede, de positivo no cederá en punto á España. Pero nosotros nada diremos por no complicar los negocios, y si es preciso dejaremos á Inglaterra aparte, y trataremos sin ella. Quizá induzcamos á Rusia y á Prusia á que imiten nuestra conducta, si les podemos presentar condiciones aceptables, en cuyo caso Francia nos hallará fieles aliados. Pero espíquese por favor, dénos á conocer sus intenciones, y haga posible que continuemos aliados suyos proporcionándonos sostener una causa razonable, una causa que podamos revelar á nuestros pueblos.—En lo tocante con especialidad á los intereses austriacos manifestaba Mr. de Metternich no hacer caso alguno, demostrando harto bien que no tenia mas que escoger á la derecha ó á la izquierda entre los ofrecimientos que de todas par-

tes se hacian al Austria. — ¡Cuánto no se le brinda efectivamente, decia, por parte de los coaligados! — Pero no se daria oídos á sus locas proposiciones contentándose con lo que no se podia negar á la córte de Viena, con la porcion de la Galitzia, que se le tomó en 1809, para ensanchar el imposible ducado de Varsovia, con las provincias ilíricas, cuya restitucion habia prometido Francia, y de esto hablaba como de cosa hecha, segura, irrevocable, cuando aun apenas se habian cruzado algunas palabras entre los gabinetes francés y austriaco.

Tal fué el lenguaje, á la verdad, poco nuevo de Mr. de Metternich. Mas mesurado y menos atrevido el emperador Francisco en sus entrevistas, al recibir personalmente á Mr. de Narbonne de la manera mas afectuosa, limitóse á decirle cuán satisfecho estaba de la felicidad que su hija habia hallado en Francia, cuanto apreciaba el genio de su yerno, cuanto empeño tenia en continuar aliado suyo; pero no le ocultó que no podia serlo sino en interés de la paz, porque sus pueblos no le perdonarian que lo fuese con otro objeto. Añadió que habria que comprar esta paz de dos modos, con victorias y con sacrificios; que su yerno haria bien en dedicar sus grandes talentos á crear inmensos recursos, pues la contienda seria mas tenaz de lo que imaginaba; pero que al cabo con triunfos sin duda traeria á sus adversarios á ideas mas moderadas, y que, si despues de vencerlos, queria conceder al reposo de las naciones algunos sacrificios necesarios, procurándolo tambien enérgicamente el Austria, se llegaria á una paz duradera, paz que su yerno debia anhelar despues de tantos trabajos

gloriosos, y que él deseaba con ardimiento, no solo como soberano, sino como padre, porque aseguraria la felicidad de su hija amada, y el porvenir de un nieto por quien se interesaba con la mayor ternura.

A todas estas manifestaciones respondió Mr. de Narbonne lo mejor que pudo, siempre ponderando la grandeza de su soberano, repitiendo que era menester guardarle miramientos, y valióse á maravilla del arte, aprendido en los salones, de encubrir con mucha verbosidad y mucho donaire la imposibilidad de decir cosa alguna que mereciese la pena. Por lo demás, aun poniendo buen semblante, habia adivinado el secreto de las intenciones austriacas. Evidentemente Austria no estaba dispuesta á disparar un cañonazo á favor de Francia y contra Alemania; sin embargo, no propendia, como Prusia, á pasar de pronto de la alianza á la guerra. El emperador no queria olvidar por completo su papel de padre: el ministro aspiraba á operar decorosamente la transicion de una política á otra, y pensaban en presentarse como mediadores, en ofrecer una paz aceptable, y en echar todo su peso sobre los unos y sobre los otros para inclinarlos á que fuese aceptada. Por todos partes resaltaba una prueba de este proyecto. Austria se armaba, ya que no con el genio de Napoleon, á lo menos con igual presteza, y aunque no lo negaba precisamente, no decia nada. De seguro nos lo dijera y hasta se jactara, si se armase á favor de nosotros.

Acto continuo juzgó Mr. de Narbonne que la neutralidad seria lo mejor que se pudiera obtener de esta córte, y que, con miramientos, hablándola poco, no pidiéndola nada, se la retendria en un pa-

pel inactivo todo el tiempo que debia sernos bastante. Algo mejor pudiera obtenerse, como ya hemos notado, y fuera, perdonándola su disimulo, su casi abandono, reconocer que en sustancia tenia razon para querer trabajar mas que por la paz, y por una paz germánica del todo, prestarse desde luego á que obrara en este sentido, entrar en sus miras, convertirla asi en mediadora enteramente nuestra, alcanzar la paz de este modo y segun trabajaba por concluirla, ya que Francia, sin el gran ducado de Varsovia, sin la Confederacion del Rhin, sin las ciudades anséaticas, sin España, pero con Holanda, Bélgica, las ciudades rhinianas, el Piamonte, Toscana, los Estados romanos, independientemente de los reinos tributarios de Westfalia, de Nápoles y de Lombardía, era aun mas grande que necesitaba para ser verdaderamente fuerte. De consiguiente lo mejor era entrar sin resentimiento alguno en las miras de la córte de Viena, y osar decirselo á Napoleon á las claras. Pero Mr. de Narbonne lo osara sin fruto, y ni siquiera pensó en hacer la prueba. De no seguir esta conducta, no habia otra preferible en mérito, en prudencia y en probabilidades de buen resultado, que la de propenderse la neutralidad de Austria y la de propender á paralizar á esta córte, en vez de aspirar á hacerla mas activa. Mr. de Narbonne lo comprendió perfectamente, y se disponia á aconsejar esta conducta á su gobierno, cuando recibió sus instrucciones tan esperadas, y que eran todo lo contrario de la neutralidad.

Expedidas el 29 de marzo, llegadas el 9 de abril proporcionaron á Mr. de Narbonne el medio de salir del lenguaje insignificante que habia tenido

hasta entonces, y llevando ahora la franqueza hasta el mayor grado posible, leyó á Mr. de Metternich el mismo texto de Mr. de Basano, texto adecuado para excitar la sonrisa del ministro austriaco por el tono de jactancia que el ministro francés habia añadido á la política impetuosa de Napoleon. Mr. de Narbonne leyó pues este proyecto, reducido á decir á Austria que era necesario que se apoderase del papel principal; que, ya que deseaba la paz, convenia que se pusiera en aptitud de dictarla, aprestando considerables fuerzas, é intimando á las potencias beligerantes que se detuviesen de seguida bajo la amenaza de lanzar sobre su flanco cien mil hombres, y finalmente lanzándolos hácia Silesia, si no hacian alto, y guardando para sí aquel territorio, mientras Napoleon arrollaba mas alla del Vistula á los prusianos, á los rusos, á los ingleses, á los suecos, etc...— Mr. de Metternich oyó este proyecto con impasibilidad aparente, hizo muchas preguntas para hacérselo explicar en todas sus partes, y despues tocó un punto no mencionado en el despacho y contenido en esta pregunta.—¿Qué bases de paz ofreceremos á las potencias beligerantes, si se detienen á la intimacion nuestra?—A esta pregunta no pudo Mr. de Narbonne responder nada, porque, limitándose por de pronto el despacho de Mr. de Basano á examinar el caso de la guerra, anunciaba amplificaciones ulteriores. Efectivamente, para el caso en que se entrara de seguida en negociaciones, aun no queria Napoleon decir cómo deseaba que se constituyese la Europa. Mr. de Metternich fingió tener paciencia respecto de este último punto, y reflexionar mucho sobre cuanto se le presentaba.

taba, como si todo lo que acababa de oír prestara materia á largas reflexiones, y prometió responder tan pronto como lo permitiera un negocio tan grave.

Si apuradisimo como á la sazón se encontraba entre los coaligados, impacientes por que se declarara aliado suyo, y Napoleon, que se proponia retenerle en sus cadenas, se le preguntara qué arbitrio queria para salir de tal aprieto, de seguro no eligiera otro que el que de París se le enviaba. ¿Y efectivamente en qué consistia su apuro? En primer lugar en atreverse á decir á Napoleon que Austria se hacia mediadora, lo cual implicaba el abandono del papel de aliada; en segundo en hallar un pretexto para armamentos, cuya extension no podia ya ser justificada; en tercero en entrar en explicaciones sobre el próximo empleo del cuerpo austriaco, que, en vez de batirse contra los rusos, iba á retornar á Galitzia. Sobre estos tres puntos, que ponian á Austria en singular embarazo respecto de Francia, se llegaba milagrosamente en su auxilio, y Mr. de Metternich era harto hábil para no asir al paso tan buena fortuna.

Dos dias se tomó para dar respuesta, no empleando verosimilmente en reflexionar mas de una hora. De consiguiente envió á buscar á Mr. de Narbonne, y anuncióle con aire de satisfaccion muy fácil de concebir que, despues de consultar á su soberano, estaba pronto á explicarse, no admitiendo dilacion los graves asuntos de que se trataba.— Por muy feliz se daba, segun dijo, de hallarse con Napoleon sobre los puntos mas importantes de la comunicacion última en perfecto acuerdo. Asi desde luego el gabinete austriaco pensaba como el

emperador que no le era posible atenerse á un papel secundario, y limitar su accion á lo que en 1812, y que, para circunstancias tan distintas, se necesitaba una cooperacion diversa del todo. Austria lo habia previsto, y se preparaba á ello. No otra era la causa de los armamentos á que se estaba aplicando, y que, independientemente del cuerpo auxiliar vuelto de Polonia y del cuerpo de observacion dejado en Galitzia, le iban á proporcionar cien mil hombres muy pronto en Bohemia. Sobre el modo de presentarse Austria á las potencias belligerantes, discurría como Napoleon que lo debia hacer como mediadora armada, proponiéndoles que hicieran alto, y convinieran en un armisticio y nombraran plenipotenciarios. Si consentian en ello, seria llegado el caso de enunciar condiciones y sobre cuyo punto se esperaban impacientemente las nuevas comunicaciones que el gabinete francés habia prometido. Si por el contrario rehusaban admitir toda proposicion de paz, llegado seria el caso de obrar, y de regular el modo de emplear las fuerzas de Austria juntamente con las de Francia. Este caso hacia evidentemente resaltar la insuficiencia del último tratado de alianza, y la necesidad de modificarlo á tenor de las circunstancias. De todo esto resultaba en fin que habia que adoptar nuevas disposiciones respecto del cuerpo auxiliar austriaco, que se hallaba en las fronteras de Polonia y en una posicion absolutamente falsa, y que se iba á tornar á traer al territorio austriaco con el cuerpo polaco, para impedir que se le empleara en contra de las miras de ambos gabinetes. Por lo demás, á esta declaracion añadió Mr. de Metternich una expresion de perfecta alegría, repitiendo que se tenia por feliz de

hallarse con el gabinete francés en tan completo acuerdo, y afirmando que haria cuanto estuviere de su parte por concordar su antiguo papel de aliado con el reciente de mediador con que se le habia convidado.

Nunca, en este temible y complicado juego de la diplomacia, se jugó mejor ni se ganó más que Mr. de Metternich en la presente coyuntura. Con efecto, de un solo golpe resolvió todos sus apuros: de aliado esclavo se hizo altamente mediador y mediador armado: atrevióse á declarar que el tratado de marzo de 1812 ya no era aplicable á las actuales circunstancias: motivó sus armamentos sin dejarnos que objetar una sola palabra: finalmente, resolvió de antemano una dificultad de bulto, que le amenazaba para muy pronto, la del empleo que se daría al cuerpo auxiliar austriaco. Totante á la oferta de entrar en las miras de Francia, de ayudarla á que acabara de trastornar la Alemania, de mudar de situacion á Prusia, esto es, de destruirla, de tomar la Silesia, etc., no hay necesidad de decir que Austria no lo quería á precio alguno, y no por amor á Prusia, sino por amor á la comun independencia. De consiguiente eludió la tal oferta, considerando este caso como caso de guerra y de que habia que ocuparse mas tarde, cuando todas las proposiciones de paz fueran desechadas por las potencias beligerantes, lo cual no parecia verosímil de ningun modo. Mr. de Metternich terminó esta declaracion, anunciando que un correo extraordinario iba á llevar copia de ella al príncipe de Schwarzenberg á la capital de Francia.

Solo el tono de la comunicacion hiciérala sospechosa, aunque su sentido no fuera claro. La so-

lemnidad con que Mr. de Metternich habia hecho hincapie sobre los puntos esenciales y la premura de informar al príncipe de Schwarzenberg en París, indicaban el deseo de que, de seguida y á la vez en ambas capitales, se tomara nota de la importante declaracion recién hecha; lo cual revelaba mas bien las precauciones de amigos prontos á abandonarse que la cordialidad de amigos prontos á confundir sus intereses y sus esfuerzos. Mr. de Narbonne era previsora de sobra para no echar de ver que bajo la afectacion de aparentar acuerdo sobre todos los puntos, existia el mas completo y temible disentiimiento. ¿Con efecto qué habia pensado el gabinete francés con su comunicacion importante? Pensado habia que, con vez de la cooperacion parcial estipulada por el tratado de 1812, Austria estaria obligada á suministrar á Francia la totalidad de sus fuerzas, esto es, ciento ó ciento cincuenta mil hombres: que, para llegar á este punto, emplearia la forma mas obvia, á causa del espíritu de sus pueblos, y que de resultas de la negativa probable y hasta cierta de las potencias á aceptar las proposiciones que les fueran presentadas, Austria se lanzaria á la lucha con todas sus huestes, y se pagaria sus esfuerzos con los despojos de Prusia. Justamente lo contrario entendia Mr. de Metternich bajo palabras copiadas con afectacion de las nuestras. Efectivamente admitia que el tratado de 1812, reducido á un socorro de treinta mil hombres, no era ya aplicable á las circunstancias; que se necesitaba intervenir con su ejército de ciento cincuenta mil hombres, segun queria Francia, bajo la forma de la mediacion armada, intimar á las potencias beligerantes, proponerlas un

armisticio, y pesar despues sobre ellas para hacerlas aceptar las condiciones que se tuviesen por buenas. Ahora bien, aun cuando se debieran esperar pretensiones harto poco moderadas por parte de Inglaterra, de Rusia y de Prusia, Austria estaba segura de atraerlas á ceder con la sola amenaza de unir sus fuerzas á las de Francia, y de consiguiente no habia el temor de hallarse en disidencia con ellas. Solo por parte de Napoleon debia temer las dificultades, pues no queria éste abandonar el gran ducado de Varsovia para rehacer la Prusia, ni dejar que la Confederación fuese abolida, ni mucho menos soltar los departamentos anseáticos de su mano. Por tanto el peso de los ciento cincuenta mil hombres debia emplearse en cargar sobre Napoleon tan solo. Ensanchada así la alianza en su fin y en sus medios, si bien convertida en mediacion, no era mas que una coaccion que se le preparaba, sirviéndose de los propios términos de su propuesta.

Sin acritud ni arrebató, y antes bien con la zumba de un hombre de talento, que no quiere servir de juguete, aspiró Mr. de Narbonne á que Mr. de Metternich se explicara, y á arrancarle parte de su secreto, y dijo de este modo.—No será limitada la alianza, convenido: Austria representará en esta gran crisis el papel que corresponde á su importancia, estamos de acuerdo: intervendrá no con treinta mil hombres, sino con ciento cincuenta mil para hacer que las condiciones de paz sean aceptadas. ¿Y cuáles son estas condiciones?—Aquellas en que convengamos, respondió Mr. de Metternich, y sobre las cuales os estrechamos sin fruto á explicaros ya hace tres meses, aquellas cuya comu-

nicacion por vuestra parte esperamos ahora y que nos haceis aguardar todavia, lo cual hace incompleta nuestra declaracion en un punto esencial, el de las condiciones que hemos de presentar á las potencias beligerantes, intimándolas que acepten un armisticio ó la guerra.—Aqui se hallaba monsieur de Narbonne cogido en su fallo por el hábil jugador con quien se las habia, y que solo tenia la ventaja porque la razon estaba de su parte, no atreviéndose Francia á declarar proposiciones de paz no declarables en el estado actual de las cosas.—Pero si estas condiciones, añadió Mr. de Narbonne, que aun no conozco, no fuesen tales como las deseais... Aqui Mr. de Metternich apresuróse á interrumpir á Mr. de Narbonne, no queriendo consumir demasiadas cosas en un dia, y contentándose con el terreno conquistado, que ya de cierto era harto grande, pues Austria habia logrado convertir la alianza en mediacion armada. Así le dijo.—Estas condiciones no me inspiran zozobra... Vuestro soberano será razonable... no es posible que no lo sea... ¡Pues qué, lo arriesgaria todo, por esa ridícula quimera del gran ducado de Varsovia, por ese protectorado no menos ridiculo de la Confederacion del Rhin, por esas ciudades anseáticas que, celebra la paz general, ya no tendrán para él valor alguno, renunciando al bloqueo continental!... No, no, eso no es posible.—Procurando Mr. de Narbonne no dejar escape á su adversario, le dijo todavia:—Pero suponed que mi soberano, pensara de otro modo, que cifrara su gloria en no ceder los territorios constitucionalmente incorporados al Imperio, en no renunciar á un título que solo se le disputa para humillarle, y que quisiera conservar

á Francia todo lo conquistado para ella. ¿Qué sucedería entonces?—Sucedría.., sucedría, replicó Mr. de Metternich con cierta especie de embarazo y de impaciencia, sucedría que os vereis obligados á conceder lo que la misma Francia os pide, lo que tiene derecho para pedirlo al cabo de tantos esfuerzos gloriosos, esto es, la paz, la paz con esa justa grandeza que ha conquistado con tanta sangre, y que no entra en la mente de nadie, ni aun en la de Inglaterra poner en disputa.—Aquí monsieur de Narbonne, insistiendo de nuevo, dijo:—Pero en fin, suponed que mi soberano no es razonable, al menos segun la significacion que dais á esta palabra, suponed que rehusa vuestras condiciones por aceptables que sean en vuestro concepto. ¿Cómo comprenderiais el papel de mediador en este caso? ¿Pensais que debería convertir en nuestra contra esas fuerzas que hemos convenido en elevar de treinta mil á ciento cincuenta mil hombres?—Estrechado Mr. de Metternich á decir mas de lo que queria, y cada vez mas impaciente, acabó por exclamar de este modo.—¡Pues bien! si, el mediador es un árbitro imparcial, segun su título lo indica: el mediador armado, segun su título lo indica de igual manera, es un árbitro que tiene en las manos la fuerza necesaria para hacer respetar la justicia, de quese ha constituido ministro...—Despues, como con disgusto de haber dicho demasiado, Mr. de Metternich añadió lo que sigue.—Bien entendido que todo el favor de este árbitro está de parte de Francia, y que cuanta parcialidad pueda conservar ha de ser en su abono.—Pero ello es que en cierto caso nos hareis la guerra, repuso Mr. de Narbonne.—No, no, respondió Mr. de Metternich,

no os la haremos porque sereis razonables.—Entonces Mr. de Narbonne, aspirando á hacer placentera una conversacion, que temia haber hecho harto grave, dijo á Mr. de Metternich:—Me complazco en creer que por virtud de la nueva situacion que habeis tomado, quereis ganar tiempo y proporcionárnoslo de alcanzar alguna victoria.... En este caso, permitidme que no abrigue duda de que el árbitro estará por nosotros, si es la victoria la que debe decidirle.—Cuento con vuestras victorias, respondió Mr. de Metternich, y lo necesito, porque hará falta mas de una para traer á la razon á nuestros contrarios. Pero no os engañeis, al día siguiente de un triunfo, os hablaremos con mas firmeza que ahora.

Apretado Mr. de Metternich hasta el extremo, expresóse con una vivacidad harto demostrativa de lo muy resuelto que se hallaba su gabinete al sistema de paz á que se habia adherido, y aquí resaltaba del todo la gran falta, que temian con fundamento Mrs. de Caulaincourt, de Talleyrand, de Cambacéres, cuando aconsejaban no dirigirse al Austria. De obrar de este modo, conviniera hacerlo con la resolucion formada de aceptar sus condiciones, que por dicha nuestra eran muy aceptables; pero sino se querian estas condiciones, indicadas por ella harto á las claras para que se adivinasen fácilmente, entonces convenia ganar tiempo, no impulsarla á aumentar sus armamentos, no pedirle mas de treinta mil hombres, no exigirla que nos los suministrara por completo, contentarse con lo que hiciera, fuese lo que fuese, aplazar las explicaciones y apresurarse entretanto á lanzar á los coaligados mas alla del Elba, del Oder, del

Vístula, á fin de separarlos del Austria de tal modo que esta se hallara en la imposibilidad de alargarles la mano. Por lo demás, la falta no era de Mr. de Narbonne, enviado para cometerla, elegido para cometerla mas pronto y mas completamente que otro alguno, la falta era de Napoleon, de su pretension de convertir en un instrumento á Austria, cuando no podia serlo, y de ponerla en las manos, al querer convertirla en instrumento, las armas que en breve habia de volver contra nosotros.

Inmediatas fueron las consecuencias de esta falta, y se puede decir que se atropellaron unas sobre otras. Apenas tomó Austria por su declaracion de 12 de abril la posicion de mediadora armada, se aprovechó del terreno ganado para avanzar por la via que acababa de abrirse. Siempre se hallaba en Ratisbona el rey de Sajonia, asaltado por los consejos, por las amenazas, por las solicitudes de todo el mundo. Prusia le habia intimado que se uniera á la coalicion de seguida, prometiéndole toda clase de resarcimientos para este caso, y dirigiéndole para el contrario todo linage de amenazas. Con muchas contemplaciones habia eludido las ofertas de Prusia, fundándose en los compromisos ya contraidos con Francia, y se habia adherido á las miras de Austria. No habian cesado las conferencias de esta para inducirle á renunciar el gran ducado de Varsovia, y ahora tenia que alegar un nuevo argumento.—Francia y Austria se acababan de poner acordes: Francia habia pedidola mediacion de Austria, y Austria habia consentido en figurar como mediadora. De consiguiente nada se hacia sino á tenor de las miras de

Napoleon, y á éste se le quitaria un gran embarazo, cuando se le llevara la renuncia de Sajonia al gran ducado de Varsovia. De esta suerte seria la paz no solo fácil, sino cierta. Por otra parte, convenia salvar lo sólido, esto es, la Sajonia, sacrificando lo quimérico, esto es, la Polonia, y renunciar á un sueño, que en el tiempo actual ya no era realizable.—Vencido por estas razones Federico Augusto y concedor al par de que las conquistas no eran vocacion suya, y de que, al asociarse á un conquistador salido del infierno de las revoluciones, habia entrado en una asociacion tan por encima de su genio como de su conciencia, asintió á la renuncia solicitada, y firmóla el 15 de abril, tres dias mas tarde de la declaracion de mediacion armada, hecha por Austria á consecuencia de nuestra provocacion imprudente.

Pero esto no era todo lo que Austria deseaba de Sajonia. Sabíase que Napoleon iba á llegar á Maguncia y luego á Erfurt para colocarse al frente de sus ejércitos, y con un movimiento de su mano se podria nuevamente apoderar del pobre monarca retirado á Baviera, y hacerle perder otra vez el espíritu, la memoria, el sentimiento de lo verdadero, prometiéndole que seria rey de Polonia. Este encantador, seductor al par que terrible, debia pasar muy cerca de Ratisbona, para dejar allí al débil Federico Augusto expuesto á su formidable influencia. De resultas se le instó de nuevo para que se trasladase á Praga. Se le dijo que los coaligados habian entrado en Dresde, y allí se aprestaban á gobernar bajo la inspiracion del baron de Stein su reino, poco mas ó menos que se habia gobernado á la Vieja Prusia, persuadiéndole que los

pueblos eran dueños de su suerte, y que podían entregarse á quien fuera de su agrado, cuando sus príncipes desertaban de los intereses de la comun patria. De consiguiente convenia que se apresurase á ir á Praga, lugar seguro y distante una jornada corta de Dresde, desde donde administraría su reino como si estuviera presente y sin ninguna elase de peligro, ni por parte de los coaligados, ni por parte de los franceses.

En el momento mismo en que pasaban estas cosas, recibia el rey de Sajonia la intimacion enviada de París y reproducida por Ney, de entregar á este mariscal su hermosa caballería, por necesidad para abrir la campaña. Esto equivalia á pedir á este excelente rey casi la vida. Mas que nadie temia á los cosacos, los cuales imponian mas miedo á aquellos á quienes traian socorro que á aquellos contra quienes sustentaban la lucha. Tres mil ginetes y artilleros soberbios, escoltando un tesoro, con el cual se pagaba al contado su alimento diario, constituian una especie de guardia en cuyo seno este rey fugitivo dormia en reposo. Además, los gefes de sus tropas habian declarado que ya no querian servir con los franceses. Ante estas circunstancias, el conde de Marcolini, viejo lisongero, del mismo humor que su soberano, con algo mas talento y mucha menos honra, é influyente sobre el rey por costumbre, persuadióle que no habia otra resolucion que tomar, que la retirada á Praga. Como casi al propio tiempo insistiera el ministro de Francia en obtener una respuesta acerca de la caballería, poseido Federico Augusto de espanto, y dolido de encontrarse en tales apuros por la quimera de sus ascendientes, decidióse á mar-

char de pronto. A su lado tenia un ministro de luces, Mr. de Senft, quien hasta entonces le mantuvo en la alianza de Francia, representando en Dresde el mismo papel que Mr. de Metternich en Viena, Mr. de Hardemberg en Berlin, y Mr. de Cetto en Munich. Vencido fué como todos estos parciales de la alianza francesa, y cedió al cabo. En la noche del 19 al 20 de abril, sin avisar al ministro de Francia, partió la corte de Sajonia para Praga en una larga serie de carruages, en medio de tres mil ginetes y artilleros que salieron de Ratisbona sable en mano y con la mecha encendida, por temor de encontrar á los franceses, y tomaron el camino de Lintz, para evitar su encuentro. A última hora Mr. de Serra recibió una carta para el emperador, en la cual le decia el buen Federico Augusto, que á invitacion de Austria, cuyo perfecto acuerdo con Francia le era conocido, se dirigia á Praga, bien que prosiguiendo siempre aliado fiel del gran monarca que de tantos beneficios le habia colmado.

Cuando esta noticia llegó á Viena, no ocultaron el emperador Francisco y su ministro Mr. de Metternich, la alegria por tener al cabo tan precioso instrumento de sus designios. En el mismo instante, creyendo que relativamente al cuerpo auxiliar, ya no tenian que disimular tanto, escribieron al príncipe Poniatowski que era menester evacuar á Cracovia y volver á entrar en los Estados austriacos, porque iban á empezar de nuevo las hostilidades, y no se queria atraer á los rusos á Bohemia, batiéndose en su contra. Se le advirtió además que durante la travesía fueran depositadas en carros las armas de los polacos, de los sajones y de los